

MENÉNDEZ PIDAL Y LA GENERACIÓN DEL 98

Don Ramón Menéndez Pidal nació en La Coruña, capital del reino de Galicia, aunque su estirpe era indudablemente asturiana. *Pidal* significa en Asturias 'semillero de árboles'; *pidal* llaman en Colunga a lo que en Gijón se denomina *pedibal* y en Llanes *pidal*. Cualquier romanista, a la vista de estas formas, reconocerá en ellas un derivado de *pepita* 'semilla', en Asturias *pebida* y anteriormente *pibida* (lat. *pituíta*), que en parte de la región sufrió la síncope regular de la vocal protónica interna, convirtiéndose en *pitita*, y esto en *pipita*, y de ahí *pipital* > *pibidal* > *pibdal* y luego *pidal* o *pidnal* con *n* epéntetica.

Buen ejemplo para un manual de gramática histórica. *Pidal*, nombre de buen augurio para un filólogo español, nacido en el siglo XIX. Porque el nombre del maestro resultó felizmente simbólico. Cuando España estaba tan necesitada de una filología científica, Menéndez Pidal llegó a ser no sólo el mayor hispanista de su tiempo, sino el maestro inspirador de un gran número de vocaciones filológicas, plantel de lingüistas que han seguido y seguirán los caminos por él abiertos, partiendo de aquel inolvidable Centro de Estudios Históricos de Madrid. Porque la obra de don Ramón, como su apellido lo indica, es un semillero de ideas fecundas, que abren nuevas perspectivas hacia regiones todavía inexploradas de nuestro pasado lingüístico.

Pretendo aquí situar a Menéndez Pidal en el cuadro conocido en la historia con el nombre de Generación del 98. Generación que, con todos sus hombres —don Ramón el último— ha pasado ya de la permanencia vital al recuerdo imperecedero. Creo que don Ramón pertenece, sin duda, a dicha generación, por su edad, sus estudios revalorizadores de la Edad Media española, su popularismo, su intento de resucitar lo primitivo y su lenguaje generacional. Veámoslo:

En primer lugar, tenía 29 años cuando ocurrió el desastre que da nombre a la generación, los mismos que Valle-Inclán,

tres más que Baroja y tres menos que Benavente, cinco menos que Unamuno y seis más que Antonio Machado. En una palabra: está dentro del factor nacimiento —constitutivo de una generación— básico para Pinder, aunque para Petersen no signifique otra cosa sino la locación de los individuos a la misma distancia de los acontecimientos, lo cual representa una disminución insignificante de la teoría astrológica y casi fatal de Pinder. Hay, pues, una especie de predestinación en la venida al mundo de estos hombres, y tiene ello importancia porque viven los acontecimientos a la misma edad aproximadamente, dentro, por lo menos, de los quince años que señala Ortega y Gasset, lapso que no fue inventado por el filósofo madrileño, puesto que ya Tácito, en su biografía de Agrícola, emplea una frase enigmática que nunca se había aclarado a fondo y que dice así: "Per quindecim annos, grande mortalis aevi spatium" ('a través de quince años, etapa muy importante en la vida del hombre'). Y no lo dice al azar, sino en un párrafo en que se ocupa a la vez de la trayectoria vital del individuo y de los cambios de la historia. Cierto es que otras características generacionales parecen no convenir a Menéndez Pidal; pero hay que tener en cuenta que no pertenecía al grupo de literatos, poetas y novelistas del Ateneo y de los cafés madrileños, sino que era el estudioso del Centro de Estudios Históricos de Madrid, el presidente de Academias y el devorador de documentos y textos medievales, en los cuales quiere hallar el alma virgen de la España popular; que no recorre los caminos de la nación para buscar en el paisaje y el paisanaje del pueblo español su alma antigua e incontaminada, sino para recoger de labios de ese pueblo todo el rico tesoro de su folclorismo, y los romances de la vieja España, ancestral matrona que vertió en el romancero y refranero toda la sabiduría condensada en muchas centurias de sangre, sudor y lágrimas.

En segundo lugar, por sus estudios revalorizadores de la cultura hispánica. Si en el siglo XIX la filología española se cultivó sobre todo en el extranjero, y se vincula en América solamente a la egregia figura de don Andrés Bello —quien en

Londres alimenta su hambre fisiológica yendo al Museo Británico a devorar escritos y documentos sobre el héroe castellano al que Menéndez Pidal nos entregaría cabalmente estudiado y plenamente reivindicado—, en el siglo xx los estudios filológicos quedaron definitivamente repatriados. Y esto se debe en gran parte a la declaración de guerra de la Generación del 98 contra la España apática e informe de fines del siglo pasado. Los pensadores de este grupo, para acabar con la ramplonería de la época, y para reconstruir sobre los escombros estéticos y filosóficos de la vieja España, una España nueva, recomendaron como punto de partida una visión penetrante y honda de la cultura nacional, insistiendo en el estudio en vivo del lenguaje y en su conocimiento histórico, para hacerlo corresponder con el destino espiritual del país. Dice Unamuno a este propósito en sus ensayos “sobre la lengua española”:¹ “El conocimiento del proceso vital de nuestro idioma castellano y de cómo éste se ha ido constituyendo a partir del latín vulgar, ha de ayudarnos para renovarlo y vivificarlo mucho más que la pesada rumia de los viejos autores consagrados.” Pues bien, esta labor ingente, la tomó sobre sus hombros de gigante el fundador de la moderna filología hispánica, investigando los orígenes de la cultura española y su aplicación a la cultura moderna. En sus estudios sobre la Edad Media, reúne, por primera vez en la historia de la filología española, la crítica histórica, la literaria y la lingüística, sin las cuales no puede haber filología. Esto se debe, por una parte, a su formación científica germánica, y por otra, a su actitud generacional noventayochista. Cabal ejemplo de su correcta visión sobre estos tres campos de investigación son sus estudios sobre el *Cantar de mio Gid*, estudios que no dejó de revisar y ampliar, para incorporar a su obra los resultados de la más avanzada crítica literaria, como puede verse en diferentes trabajos publicados en la Revista de Filología Española desde 1917 en adelante.

En materia lingüística se situó don Ramón, con su *Gramática histórica*, entre el rigor positivista de Meyer-Lübke y el

¹ Ed. M. Aguilar, Madrid, 1945, p. 329.

idealismo de Schuchart; en *Los orígenes del español* adopta el mismo sistema, pero agregando al final un extenso estudio sobre el influjo de la cultura y de los errores en que se ha incurrido, por falta de una norma lingüística, en el lenguaje individual y en las transformaciones de la lengua.

En tercer lugar, por el *popularismo*. Se manifiesta éste —en sus compañeros generacionales— en el amor a los viejos pueblos, al paisaje y al paisanaje. Ese amor está patente en todos ellos, pero de manera especial en el Azorín de *Los pueblos* (1905), de *España, hombres y paisajes* (1909), y de *Castilla* (1912). Don Ramón recorre España, mas no para contemplar paisajes ni en pos de castillos o catedrales —que según Ortega y Gasset son la caza mayor de Castilla—, sino en busca del pueblo, para escuchar de sus labios reseco de sol, pero rebosantes de verdad y tradición, los romances y baladas de la vieja España. Recuérdase lo que dice acerca del *Romance de la loba parda*: “Este gracioso romance de pura cepa rústica es auténticamente pastoril, que nació entre los zagales de Extremadura, donde hoy es cantado al son del rabel, sobre todo en Nochebuena. Los pastores trashumantes lo propagaron por ambas Castillas y por León; lo oí cantar hasta en las montañas de Riaño, lindando con Asturias, esto es, en el punto en que termina la cañada leonesa de la trashumancia. En Asturias es completamente desconocido. . .” De *La doncella guerrera* dice: “Tengo de este romance un centenar de versiones.” Del *infante Arnaldos* comenta: “Las cuatro versiones antiguas que se conservan son todas incompletas. Dos de ellas acaban con el corte repentino que acepto como final de más tensión poética, pues da a la canción del marinero un misterio inefable. Es superior a Heine en su mágica canción de *Lorelai*. Al evocar la mística canción del marinero, los abismales secretos del mar embargan el alma del poeta, y el corazón del gran océano le comunica su latido estremecedor:

—Por tu vida el marinero, / dígame ora ese cantar.
Respondióle el marinero, / tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo mi canción /sino a quien conmigo va.

"El *Romance de la condesita* —continúa— es uno de los más difundidos en la Península; tengo de él más de doscientas cincuenta versiones."

Conforme, pues, con el requerimiento de Azorín, posee el maestro el popularismo poético propio de su generación, y es bien sabido que su colección *Flor nueva de romances viejos* posee variantes totalmente desconocidas, aun para los eruditos, variantes procedentes de textos antiguos ignorados por los críticos, y muchos provenientes de nuevas versiones, obtenidas de la tradición oral e incluso algunas inventadas por él mismo. Soy yo —dice don Ramón— el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances. Bien podría repetír y aplicarse a sí mismo el antiguo verso: "viejos son, pero no cansan".

En cuarto lugar, porque resucita y nos da a conocer a poetas antiguos que sin él seguirían muertos para nosotros; y no sólo los resucita o los evoca, sino que los estudia, busca sus fuentes, enumera sus variantes y nos los hace entrañables.

De los primitivos poemitas de *Elena y María, Roncesvalles* y la *Historia troyana polimétrica*, dice don Ramón que "son poemas recién descubiertos. Dos de los mismos, *Elena y Roncesvalles*, ni siquiera el gran historiador de nuestra literatura, don Marcelino Menéndez Pelayo, los conoció. Y si tanto éste como Amador de los Ríos supieron de la existencia de la *Historia troyana*, no fijaron en ella la más mínima atención. Estos tres primitivos son poco o nada apreciados, por eso mismo, en las historias literarias que siguen las huellas de los dos citados maestros". El tema del debate entre *Elena y María* se repite en todas las literaturas, y es un primer brote de la total cuestión que discute la preferencia de las armas o las letras, que llega hasta el Quijote y aun hasta nuestros días. Una poesía de los *Carmina Burana* afirma ya la superioridad del amor del clérigo sobre el del caballero: "Clericus scit diligere / virginem plus milite." Y no olvidemos que a Menéndez Pidal se debe el feliz hallazgo de que la sátira contra los clérigos de Talavera, del Arcipreste de Hita, no es del Arcipreste, sino que deriva de la *Consultatio sacerdotum*

de los goliardos —un siglo anterior al Arcipreste— que dice así: “Removere famulas non levis est tractatus / vitae castae regula nimium est dura / vita sola angelica est pura.”

Prescindiendo de todos los demás estudios medievales de Menéndez Pidal, queda clara con este ejemplo su afición al primitivismo y su capacidad de ponernos ante los ojos lo tan alejado de nuestras existencias.

En quinto lugar, por último, tenemos que señalar en el maestro la posesión de un lenguaje generacional. Una generación tiene siempre su lenguaje propio, porque todo programa de nueva concepción necesita una recreación de la lengua, para que pueda prender. Ya decía Humboldt que el lenguaje no se aprende sino se despierta en el inconsciente del hombre. El lenguaje generacional tiene algo de secreto que se entrega a todos, y que todos manifiestan y cultivan. El lenguaje de don Ramón, como el de todos los generacionales, se caracteriza por su sencillez. Baste, como ejemplo, lo que escribe en torno a la conquista del Poyo del Cid: “El Campeador, en tanto, después de convenido con Alfonso, moró algo en Castilla, reuniendo gentes, hasta que llegó el tiempo ‘en que los reyes suelen salir a la guerra’, es decir, el tiempo en que la guerra es fácil. Entonces partió Alfonso de Toledo, a fin de correr tierras del rey de Sevilla hasta Baeza y poco después el Campeador salió de Castilla con 7,000 hombres de todas las armas. . .” Lenguaje correcto, sencillo, adaptado a todas las circunstancias, y muy en conformidad con el lenguaje usual entre los demás miembros de la Generación. Lenguaje claro, castizo y conciso como es el lenguaje clásico y como lo es el del maestro. Termino ya, porque, para hacer el elogio de don Ramón Menéndez Pidal, no sería yo el indicado, ni necesitaría este erudito auditorio oír mis palabras, puesto que todos conocen su obra mejor que yo, y todos saben cuán alto es el pedestal sobre el que se eleva su figura de sabio y de maestro de la lengua.

AMANCIO BOLAÑO E ISLA